

NUESTROS EDITORIALES

UNA MENDIGA

No basta tender una moneda; así se reprocharía, hombre, que tendieras una moneda, o aún un billete de crecida cantidad, inaudito para los pobres, del que a tu generosidad le fuera fácil desprenderse, como de otros más que no economizas para tus placeres, a la vieja mendiga, que al revolver de una calle, en una noche de invierno, te encuentras parada con su pequetuelo agarrado a las faldas como a su único calor o su único puerto, sin saber adónde ir, ni adónde encontrar cobijamiento contra el hambre y el frío, en una ciudad que duerme, y en la que solo volan los miserables sin techo y los claveras ricos. Tampoco basta ni me convencerás para que te alabe, que recojiendo a la vieja y su dichoso, en tu coche, los conculzas a casa de tu querida, les atribuyes de manías y cosas calientes, les hagas dormir en la propia cama de tu querida, por un capricho de joven rico y extravagante, y les despidas al día siguiente, poniéndole un billete de banco en la mano, mientras te reiras contemplando su gesto de acobro y desahucio, y te regocijas pensando que tu querida se hará lenguas de tu acción y dirá a las amigas: «¡ojen los ojos, pero buenos! No, no! Ni aún cuando lo hagas sinceramente, por una convicción de la conciencia, no basta soportar al necesitado, ni aún al necesitado extremo, cuando todo termina ahí, no es más que una coronación, por hermosa y bien inspirada que sea, cuando al otro día, al reanudar el curso ordinario de la vida, no se piensa

mos destronado el papa ¡viva el Estado-papa! Nosotros hemos arrojado a Dios ¡viva el Estado-Dios!

Señores, yo no soy de esta monarquía, yo no soy de este pontificado. El Estado, lo reconozco, tiene una larga historia, toda ella de asesinato y sangre. Todos los crímenes que se han cometido en el mundo, las matanzas, las guerras, los quebrantamientos de la fe jurada, las hogueras, las torturas, todo ha sido justificado por el interés del Estado, por la razón de Estado. El Estado tiene una larga historia toda llena de sangre.

Ha habido papas religiosos. Hasta es posible que los haya habido que han intentado ser tolerantes. Pero el Estado es por naturaleza implacable: no tiene alma, no tiene entrañas, es sordo al grito de la piedad; no se conmueve al Estado; no puede conmoverse.

Y porque soy enemigo del rey, del emperador y del papa, soy también enemigo del Estado omnipotente, dueño soberano de la humanidad.

¿Crees, en verdad, que he abandonado la monarquía, que he renunciado a esta antigua Providencia que tiene las llaves del Infierno y del Paraíso, al Evangelio de dulzura y de caridad proclamado en el sermón de la Montaña, para luego adorar a este monstruo Estado que chorrea sangre humana, que es responsable de todas las abominaciones de que ha sido y es aún víctima la humanidad?...

Clemenceau.

Crónicas internacionales

Los socialistas y la guerra

César dos Santos, socialista distinguido de Portugal, hablando con un redactor de «O Seculo» sobre los acuerdos del Congreso Socialista de Covilha, celebrado los días 2, 4 y 5 del corriente, ha dicho:

«Si trató de esa compleja cuestión y el Congreso pronunció en sentido favorable a mi tesis».

«Quedó acordado que no levantaríamos ningún obstáculo a nuestra participación en la guerra, desde el momento en que nuestra aliada, Inglaterra, así lo juzgase necesario».

«Para cuantos posean sentimientos humanitarios, amen enrañablemente un ideal de libertad, y, por lo tanto, no se hallen cegados por la cataplasma reformista de un partido político que pierde en esencia lo que en números va ganando, es seguro que el acuerdo tomado por los congresistas de Covilha sobre la guerra constituye un hecho notablemente digno de anatema».

«Porque en estas alturas un acuerdo de tal naturaleza resulta admirable y definitivamente a los desviados discípulos de aquel genio que se llamó C. Marx, y pone a descubierto las lacras que sufren y que ellos mismos se han causado metidos en el cenagal de la corrupción política».

«No contentos los representantes del socialismo portugués con el mar de sangre que baña los campos y las ciudades de Europa, no satisfechos con las desastrosas consecuencias que en sí trae aparejada esa roja contienda que en la actualidad se ventila, quieren que el mal adquiera más grandes proporciones lanzando a Portugal a la bárbara pelea».

«No otra cosa viene a ser esa velada autorización a los planes guerrillistas del Gobierno portugués».

«Si nuestra aliada, Inglaterra, lo juzgase necesario... Portugal debe ir a la guerra... han querido decir los representantes del Partido Socialista Portugués».

«Y luego dirán los intransigentes anarquistas que esto no es para labor socialista!».

«Dejaría de ser tal si los partidarios de Vandervelde, en vez de entretenerse con zarandajas electorales, se dedicaran a trabajar con entusiasmo por los presos por cuestiones sociales, que se pudren en el presidio. No sería labor socialista encararse con los que muy democráticamente, ¡eso sí!, se enriquecieron en pocos años de república con el sudor proletario y exigirles cuentas

CARTELES

La plaza pública

El pueblo no posee más que aquello sobre lo que hunde el talón, resuelto y voluntario. Sus derechos van con él, caen o se afirman, según como sean sentidos y hasta donde se valgan para la resistencia. Desposeído de todo, robado hasta el hogar, el campo de sus protestas es también raso y abierto: la plaza pública.

La plaza pública pertenece al pueblo. En ella se desahoga como a un mar con sus ansias de justicia. Cada hombre es un río de fiebre que allí desata sus olas, las funde rugiendo en la marejada.

El sol cae franco y derecho en la plaza pública. Como una flecha de luz que nos penetra de arriba y nos clava vibrando al suelo. Invita a morir de pie!

No poseemos más que aquello en que hundimos el talón resuelto y voluntario. Y hoy es nuestra, para protestar de un crimen, la plaza pública. ¡Compañeros!

Yuan-Chi-Kai

Un hecho vale por un libro de filososofías. Estas surgen, generalmente, de aquel: lo explican, lo radian, lo disecionan. Especulan de su fuerza para servir a la vida, o a la muerte, según.

También las ideas crean los hechos. Los hechos de las ideas, corresponden ya a un estado de conciencia superior. Se producen cuando aquellas han alcanzado a la madurez carnal, vital, muscular. Son los menos, por lo mismo que provienen de la cultura. Son los nuestros, anarquistas. También valen por un libro de filosofías...

Ahora tenemos aquí, recién impreso, oliendo a tinta, un volumen de éstos. Viene del Asia, pero se explica en una lengua de todos, universal. Es un hecho.

Yuan-Chi-Kai, presidente de la China, se proclamará emperador dentro de poco. Y al que fuera derrocado antes por la república, le garantizará una pensión vitalicia de 4 millones de dólares anuales y le reconocerá príncipe. Y además munirá de empleos con grandes sueldos a los miembros de su familia...

Esto dicen los telegramas de ayer. Y esto vale un volumen de filosofías. Levanta, radia y explica a plena luz, un hecho.

Es este: la forma de gobierno es lo de menos. El gobierno es lo demás. Presidente o emperador, son sólo formas. El fondo común es la tiranía.

Y el pueblo?... El pueblo es en todas partes como en la China. Cualesquiera cachalquí es su Yuan-Chi-Kai...

¡Eh! No vale esto un libro de filosofías?... Para nosotros vale. Porque sirve a nuestros hechos!

EL ESTADO

Hemos hecho la Revolución francesa. Nuestros padres han creído que era para emanciparse; pero la emancipación no se ha hecho; la revolución se hizo para cambiar de amo.

¡Ah! Es la tendencia universal de los que hallan más fácil destruir el idolo que suprimir el espíritu de superstición que llevan dentro. Cuando Bruno mató a César, salió una voz de la multitud: «¡Es necesario hacer César a Bruno!»

¡Sí! Nosotros hemos guillotinado al rey, ¡viva el Estado-rey! Nosotros he-

CONTRA LA JUSTICIA HISTORICA

El pueblo en la Plaza Constitución

Hoy a las 3 de la tarde.--Por los presos de Berisso

Por las frecuentes manifestaciones en contra, la multiplicidad de actos tendientes a un mismo fin, las continuas protestas, el eterno clamor del pueblo que exige justicia y libertad, etc., son elocuentes demostraciones de la misión «benefactora», «útil» y necesaria de los gobiernos. Como si no fuera suficiente para desilusionar a los «apegados a la rutina, la historia negra y sangrienta de infamias y crueldades que aureolea a aquellos, y darnos la verdadera clave de su inutilidad, de su rol siniestro y de su misión funesta, observemos el instante en que vivimos y veremos manifiestamente los engranajes de sus instrumentos, triturando vidas, deteniendo el desenvolvimiento libre de los seres, impidiendo el reinado de la justicia y esmercandociendo la libertad.

Este es su origen y su única misión. Y desde entonces a nuestros días, aún descansa su trono, sobre el mismo pedestal de infamias.

Podrá experimentar modificaciones o cambios de nombre, pero su esencia no cambiará. Su razón de ser, de existir y gobernar, exigirá y exigirá la perpetración de crímenes e injusticias sobre el pueblo, sobre quienes socavan y horadan sus cimientos, apesaurando el fin.

He ahí entonces que, para afianzarlo, hoy como ayer, se repitan los mismos hechos. Nada le importa de la miseria, el dolor y el crimen que pesa sobre quienes le sirven únicamente de puntal.

El privilegio que ellos detentan, el bienestar que ellos usufructúan, es el único miraje que puede interesarlos y que defienden haciendo tabla rasa de todos los derechos que invoca el pueblo.

Hemos aquí, abocados a un crimen monstruoso en aras del privilegio.

La condena pedida por un instrumento de la justicia burguesa para los procesados de Berisso, que cometieron el «delito» de defender sus vidas y pedir pan para los suyos es de esos. No obstante la cuchilla despotica que cercena las libertades de este pueblo, en su afán reaccionario, ha de quebrarla el pueblo, su voluntad, su nervio cuando se decide. No puede permanecer indiferente, so pena de renegar de su individualidad y claudicar de sus derechos.

Es el insulto que, lanzado a la faz de todo el pueblo, esta condena tramada en la sombra, movida por el oro extranjero, tan caro a los gobernantes y legisladores, Despiadada, calculada, fría, cae como un baldón ignominioso sobre todos los hombres amantes de la justicia y la verdad. A detenerla, a no la libertad de los presos y a protestar permitir que se lleve a cabo, a exigir de la maldad de los hombres que mandan esta factoría de marchachiles, estará hoy, mañana y pasado, el pueblo digno, sano y alvoro: a reclamar respeto, justicia y libertad para sus derechos desconocidos y pisoteados.

Hoy deben estar los anarquistas, el pueblo todo, en la Plaza Constitución, a las 3 de la tarde. Harán uso de la palabra varios oradores.

La fuerza de las iglesias

Las Iglesias tienen una gran potencia de duración en la costumbre. Dieciocho siglos de prácticas cristianas han creado una extraordinaria fuerza de atavismo. Las tradiciones de familia, los antepasados, las defensas. Los muertos abogan por las causas muertas.

Lo que se produjo cuando resonó el grito fatídico «El gran Pan ha muerto», se renueva en este momento. Ya no se cree, pero se practica. Sin inquietarse por el objeto del culto y de su verdadero sentido, los labradores del siglo IV y V continuaban sus devociones a Apolo, Minerva y Júpiter, rindiendo homenaje a las nuevas divinidades: Jesús, el polo no espiritual y María.

No se distinguía muy bien. En nuestros días, entre los creyentes que frecuentan las iglesias, ¿cuántos hay para quienes el dogma no sea otra cosa que un oscuro dédalo donde se pierde su razón? ¿Cuántos hay para quienes la palabra Dios tenga este sentido inteligible? ¿Cuántos hay que comprendan lo que significa la Trinidad? ¿Cuántos hay que crean seriamente en el infierno, el paraíso, los ángeles, el diablo? ¿Cuántos hay que más que una fábula que no gustan mirar crean que el nacimiento milagroso no es más que una fábula que no gustan mirar de cerca por miedo a dejarse llevar por bromas volterianas?

Se «practican», sin embargo, mucho menos que antes, sin duda, pero se practica. Es que la Iglesia tiene una acción social inmensa que se extiende a todas las cosas. Toma el ser humano a su nacimiento por medio del bautismo, y no lo abandona hasta después de las palatadas de tierra al dejarle en la fosa. Interviene en todas las transacciones y en todos los actos decisivos de la existencia; ella dirige, ella vigila las agencias más considerables del casamiento y de colocaciones; ella ha creado en nuestra sociedad triste y desprohista de goces y fiestas, un centro de distracciones y de vanidades femeninas. Un publicista de rara sagacidad, el Sr. Ranc, ha observado que en la campaña solamente para ir a la iglesia, visiten las mozas y las mujeres sus ropas de domingo. La observación, aunque parece pueril es fina y de gran alcance.

La acción política de la Iglesia, en los países monárquicos, sobre todo, es incommensurable. Los gobiernos se apoyan en ella y ella sobre los gobiernos, imperios, reinos y hasta repúblicas, según los tiempos, le son dadas en feudo. Ella ofrece a cada uno, como revancha,

su influencia, su reconocimiento, y si es necesario, su servilidad aparente. ¿Dónde encontraría el despotismo una complicidad más absoluta que en la religión que pone el ciclo a su servicio y declara que todos los poderes, habiendo salido de Dios, deben ser obedecidos «plenamente»? ¿No es el cristianismo a quien se debe esta institución monstruosa: la realza del derecho divino, la afirmación del comunismo cesarista. La doctrina que reserva a los soberanos todos los derechos y no deja a los sujetos más que los deberes?

«Según el derecho, dice San Agustín, comenzando a San Juan, Dios ha hecho a los ricos y a los pobres del mismo barro y una sola es la tierra que los soporta. Por derecho humano puede decirse: esta casa es mía, ese esclavo más pertenece. Pero el derecho no es más que la voluntad imperial. ¿Por qué? Porque es por medio de los emperadores y los reyes del siglo como Dios distribuye el derecho humano al género humano.

Quítale el derecho a los emperadores, y entonces ¡quién osará decir: esa casa es mía, ese esclavo más pertenece! Es por el derecho de los reyes por lo que nosotros poseemos».

A estos medios de dominación y aplastamiento, las iglesias cristianas añaden otro no menos formidable: ¡la potencia del dinero!

Nunca, en tiempos antiguos, ha tenido una creencia metafísica a su disposición los recursos financieros que posee el cristianismo: por presupuestos de Estado, por acumulación de fortunas y dadas individuales.

La renta anual de las diversas Iglesias se eleva a más de ¡mil millones!

¡Piénsese las devociones, con conocimiento o sin él, que permite subvencionar la enormidad de esa suma.

Todos los días, a todas horas, en el mundo entero, millones de voces anuncian la superioridad de las Iglesias cristianas y prodigan a sus adversarios que contribuyen por su parte a los gastos oficiales de esas predicaciones, anatemas y ultrajes.

Que el cristianismo, en estas condiciones, con tales medios de existencia, sea una potencia, no tiene nada de sorprendente y de difícil explicación.

Augusto Dide.

La sociedad es una ampliación del individuo, es decir, de un individuo, de cada individuo. — A. Lorenzo.

